

CAPÍTULO XVII

Disolución.

I

La noticia de este hecho, llevada por el viento de la novelería, penetró en los últimos y más apartados rincones de Madrid, en los palacios y en las covachas, y cuando ya todo el vecindario lo sabía, se enteraron del caso las monjas de los conventos, los enfermos de los hospitales y los presos de la cárcel. Las presas fueron las últimas en saber la ocurrencia. Lo que agradecerían las cien lenguas del Modelo aquel pasto riquísimo, no es para dicho. Comentáronlo de infinitos modos. Una gitana aseguró que ella lo había soñado la noche anterior y otra hacía gala de un entusiasmo monárquico tan estrepitoso, que hubieron de encerrarla para que entrase en vías razonables. La piedad aconsejaba no se revelase á Isidora un suceso que debía impresionarla terriblemente; pero á sus amigas les faltó tiempo para decírselo. Ella no lo quería creer; decía que era imposible, que ciertas cosas no pueden pasar nunca. Poco á poco se fué convenciendo, y últimamente razonaba el caso de este modo:

«Sí, basta que sea disparatado y horrendo para que sea cierto. Dios se vuelve contra mí, Dios me deja de su mano.»

Y diciéndolo, le entró una pena y una desesperación tal, que si no enderezara su espíritu en el mismo instante por la vía religiosa, habría

estado en peligro de perder la razón. Pidió á la celadora con vivas instancias la llave del coro, y se fué á él sola, decidida á hacer un acto espiritual que diese salida y respiro al dolor condensado en su seno. En el coro hizo tentativas de rezo, puesta de rodillas y mirando al altar. La cavidad sosegada, ancha y blanquecina del templo ofreció á la tensión de su espíritu un alivio dulce y lento; pero cuando más recogida estaba, se le desvaneció la cabeza, inclinóse de un lado, y no teniendo tiempo para asirse á la reja, cayó al suelo sin sentido.

Cuando la llevaron á su cuarto, el volver en sí fué la vuelta de la desesperación y de los gritos; pero ya no se acordaba de la religión, sino de la libertad, y decía:

«Que me saquen de aquí. Señor Nones, yo firmaré lo que usted quiera con tal que me saquen de esta basura. Quiero aire, calle, mi baño, mi casa, vestirme como debo, y ser honrada y feliz.»

Después, sin poder apartar de su mente el crimen de su hermano, increpaba á éste con las frases más duras. Algo había en lo íntimo de su sér que representaba como una tímida aprobación del intento de Mariano, si no de la forma en que fuera realizado. Pero no, el crimen y la barbarie no hallarían jamás en su espíritu benevolencia ni simpatía. Su hermano era un bandido incorregible; ella era una mártir angelical. Lo que principalmente anhelaba ya era libertad, libertad aun sin nobleza, porque el papel de María Antonieta en la Conserjería, con ser muy poético, empezaba á serle odioso. El mal olor de su inmundo asilo, la falta de comodidades, el detestable comer y peor vestir, eran contrarios á su naturaleza aristocrática, y la misma corona

del martirio, con toda su nobleza y su resplandor de gloria, le destrozaba las sienes tan horriblemente, que prefería, sí, prefería mil veces un sombrero de última moda. Pero, ¿y sus derechos? Ya dudaba de ellos; ya casi no creía en ellos. ¡Ay de aquel dogma que es contaminado de la duda! En seguida se daña y muere, y pára en ser ludibrio de quien antes lo adoraba. Y aun suponiendo que su dogma fuera verdadero, ¿qué podía obtener de su insistencia? Nada, porque las leyes todas se habían conjurado contra ella, y la condenarían y la encerrarían en un presidio. Libertad, pues, y adiós para siempre la ilusión de toda su vida, el sostén y fundamento de su sér moral; adiós nobleza, marquesado, fortuna...

Mas ¿por qué afligirse tanto, si en sí misma hallaba Isidora indecibles consuelos? Libre y ya sin pretensiones, procuraría ser siempre muy señora. ¿Acaso el verdadero señorío no puede existir sin títulos y grandes riquezas? Sí, sí; sería muy señora, muy honrada, muy decente, arreglaría sus cosas, trabajaría (¡otra vez!), pondría el mayor orden en todos los actos de su vida, educaría admirablemente á su hijo, se casaría con un hombre modesto y juicioso... Al pensar esto, un sabor ideal de ipecacuana le hizo contraer los labios. «Adelante, adelante — dijo —; cerrar los ojos y adentro con la medicina, como dice Augusto. Es forzoso amoldarse á las circunstancias, y templar el alma en las adversidades. La mía no se dejará vencer de la desesperación. Plan magnífico: mujer de bien, mujer ordenada, mujer trabajadora, mujer exclusivamente práctica, eso es, práctica.» ¡Oh, qué tarde!

Pensando en esto que tanto le ayudaba á combatir su desaliento, vió entrar á D. José, el cual venía muy erguido, con los ojos animadísimos, la sonrisa en los labios, y en su rostro una expresión particular y desusada que alarmó á Isidora. Sentándose en el único sillón que en la celda había, el anciano la contempló con éxtasis. ¿Qué había en él? ¿Estupidez ó desvarío? Isidora le observó con tanta lástima como sorpresa, diciendo: «¡Padrino»...!

Relimpio la miró como se mira una visión celeste, y poniendo los ojos en blanco, todo suspenso y como transportado á una esfera ideal por el delirio de la inspiración poética, murmuró con arrullo estas palabras:

«¡Hurí, hurí..., nadie osará ya mancillar tu blancura! Los dragones todos fueron vencidos por el fuerte brazo de tu caballero, á quien perteneces y que te pertenece.»

Imediatamente le entró como un acceso congestivo, inclinó la cabeza, cerró los ojos y empezó á roncar desaforadamente. Asustadísima, Isidora le mojó la cabeza, le llamó á voces, á gritos: «¡Padrino, padrino!»

Anunciado por un suspiro, reapareció en la persona de D. José el conocimiento de sí mismo. Abrió el viejo los ojos, suspiró más, y al ver á Isidora y hacerse cargo de su situación, se avergonzó un poco.

«Ya me ha pasado — dijo frotándose la frente con la palma de la mano —. ¿Ha sido breve?... ¿He dicho muchos disparates?... No me riñas, no me riñas.

— ¿Pero qué es eso?

— Nada, nada. Ahora me dan... estos mareos... Todos tenemos nuestras debilidades, hija... ¡Mi-

seria humana! He contraído un pequeño vicio; pero no ha sido por relajación, no; ha sido por tristeza, por la fuerza de mis desgracias sin número. Creo que me comprenderás.»

Isidora, en efecto, no comprendía nada.

«Soy muy desgraciado; padezco los mayores tormentos..., tormentos morales, del corazón — dijo Relimpio con la voz más débil y balbuciente que se puede oír —. Cierta día unos amigos me hicieron tomar Champagne. ¿Qué crearás? Hubo en mí una revolución, me entró el mareo, y con el mareo pasé á otro sér distinto, quiero decirte que fuí otro hombre, fuí un caballero, un joven, un héroe, qué sé yo... ¿No es cosa buena ser algo por espacio de diez minutos? Luego he repetido la toma y los efectos han sido los mismos. Concluye todo por un sopor tan breve como profundo, y en seguida vuelvo á mi ser natural, ¡ay!, á la miseria humana, á la realidad asquerosa, á la vejez caduca...

— ¡Don José! ¡Don José de mi alma!

— No me riñas; te digo que no me riñas. ¡Ser algo durante diez minutos! Los que no somos nada, caemos en estos peligros. Pues te confesaré todo con tal que no me riñas. Me he comprado una botella de eso que llaman *fine Champagne*, y cuando veo que me entra la gran tristeza, cuando siento que se me desgarrá el corazón y se me retuerce toda el alma, me tomo mi copita...

— ¡Padrino!

— Somos frágiles... Á mi edad... No te enfades. Cuando estoy con el mareo, te veo, te definiendo, te pongo en las nubes, hago por ti las cosas más bellas, arriesgadas y sublimes...

— ¡Por María Santísima! — exclamó ella poniéndole la mano en la boca.

— En fin, ya esta vez me ha pasado... Vine por la calle con el mareo. Al entrar, creí que entraba en un encantado y hermosísimo palacio; las presas me parecieron unas ninfas muy aéreas, unas como animadas flores, hijas del viento, ¿qué tal? La escalera una escalera de plata y la celadora un ángel...

— ¡Jesús, basta, basta!...

— Basta, sí; ya pasó, ya pasó. Hablaré ahora de lo que quieras.

— Es que ya no me fío de esa cabeza... Sin embargo, óigame usted, padrino. Estoy inclinada á renunciar á mis derechos para librarme de la persecución de los malos. ¡Qué infames picardías! ¿Debo ó no debo hacerlo? Respecto á mis derechos, ¿los tengo ó no? ¿Son un delirio ó una verdad? Usted que conoció á mis padres, que debió estar al corriente de lo que pasaba en su casa, dígame al fin de una vez y con completa sinceridad lo que piensa; pero la verdad, la verdad.

— Hija, querida hija mía — repuso el viejo con una torpeza de palabra y de pensamiento que anunciaban un lamentable estado cerebral. — ¿Sabes lo que me pasa?...

— ¿Qué?

— Que he perdido completamente la memoria. No me acuerdo de ninguna cosa anterior á la época en que viniste á vivir á mi casa de la calle de Hernán Cortés. Ayer estuve todo el día preocupado con una idea, y es que yo fuí un lince en Partida Doble.

— Sí, sí.

— ¿Pues crearás que trataba de recordar algo de esta ciencia sublime, madre de todas las demás ciencias, y no podía?...

— ¡Pobre padrino, pobre padrino!... ¿Se ha enterado usted de la acción de Mariano?

— Sí, hija; ¡qué deshonra!

— ¡Qué deshonra!... Dios se ha vuelto contra mí, me ha dejado de su mano. Pero yo me haré mujer formal, mujer ordenada, mujer trabajadora, me casaré...

— ¡Casarte! — exclamó el viejo con espanto.

— Casarme con cualquier hombre honrado...

Juan Bou me ofreció su mano, y aunque me gusta poco, es un hombre de mérito...

— ¿Casarte?... con el monstruo, con el dragón...»

Y obedeciendo á una fuerza superior que nació no se sabe en qué parte de su turbado sér, el tembloroso anciano marchó hacia la puerta. ¿Iba en busca de la milagrosa copita?... De pronto se detuvo, dióse una manotada en la frente, se echó á reír, y mirando á Isidora con gozo, dijo:

«¡Maldita memoria mía! Ya no me acordaba...

— ¿De qué?

— Tranquilízate, José. Juan Bou ha pedido ayer la mano de la hija de un herrero muy rico de la calle de las Navas de Tolosa: él mismo me lo ha dicho.»

Isidora meditó.

II

La primera entrevista que tuvo con *la Sanguielera* después del atentado de Mariano fué conmovedora. La de Rufete no había visto nunca llorar á su tía, la cual, envejecida considerablemente en aquellos tristes días, traía un man-

tón negro echado por la cabeza, con lo que su aspecto era harto lúgubre y repulsivo. No decía sino: «¡Qué pena, qué bochorno!», y de sus aperturados labios habían huido los donaires, quizás para siempre. Parecía que se duplicaba, con la común desgracia, el cariño que á su sobrina tenía, y que deliraba por *Riquín*. En los días sucesivos la buena anciana no cesaba de hacer preguntas á Isidora acerca de sus planes, y perseverando en el proyectillo de colocarla ventajosamente, le decía una y otra vez:

«Decídete pronto, pronto, á ser capellana, que es lo que te conviene, porque así matas de un tiro dos pájaros, *verbo y gracia*: que te colocas, y que salvas el alma, porque en la compañía de aquel santo varón te harás, aunque no lo quieras, una santa mujer... ¡Ay qué pena, qué bochorno!»

No parecía la de Rufete muy inclinada á aceptar tales ofrecimientos, á pesar del risueño horizonte espiritual que le señalaba su tía.

«El honor de la familia — decía luego Encarnación — está en los calabozos del Saladero y ha de tener que ver con los señores de la Paz y Caridad. Ya que no nos es posible salvar el honor de la familia, ¡puñales!, escondámonos donde nadie nos vea, metámonos en un rincón y vivamos tranquilas, diciéndole al Señor: «Señor, nosotras no fuimos, nosotras no tuvimos culpa de aquella barbaridad, nosotras quisimos que fuera bueno; pero él se juntó con los pícaros... y sacó de su cabeza otras picardías.» Conque hija, vente á vivir conmigo y olvídate de tus locuras, y si alguien quiere pleito, que lo siga con el Nuncio de Puerta Cerrada.»

No estaba aún completamente decidida Isido-

ra á comprar la libertad con la renuncia total de sus pretensiones. Muñoz y Nones le hizo otra visita, en que charlaron mucho; mas los argumentos de ella eran tan endebles, que el hábil notario los destruía sin esfuerzo. En cuanto al caso extraordinariamente horrible de Mariano, Nones dió pocas esperanzas, y el único consuelo que pudo ofrecer á la atribulada hermana del delincuente fué que la corta edad y el evidente desorden cerebral de éste pesarían algo en la balanza de la Justicia.

Un mes después de la primera entrevista con el suegro de Miquis, Isidora había perdido ya la fe en sus derechos á la casa de Aransis. De ellos no quedaba en su alma sino una grande y disolvente ironía. Ya no creía en sí misma, ó lo que es lo mismo, ya no creía en nada. Deshojada poco á poco por una lógica al principio tímida y por último irresistible, aquella vistosa flor de su presunción aristocrática, la cual, á falta de otras morales, desempeñaba en su alma un papel defensivo de primer orden, quedó completamente seca, muerta y más propia para irrisorio sambenito, que para adorno del cuerpo y del alma... Un día llevó Muñoz un papel, firmólo Isidora, después de negarse resueltamente á aceptar el auxilio que le ofrecía la marquesa, y á las dos semanas el juez decretó la absolución libre.

«¿Adónde vas ahora?»—pregunto con interés de padre D. José de Relimpio.

Isidora tenía un papel en que había apuntado varias cantidades. Era mujer de orden. Aquellos numeritos representaban deudas contraídas en la prisión.

«No se preocupe usted de eso; niña—dijo una

voz, la voz áspera y antipática de un sér humano (por la figura) que apareció en la estancia cuando la joven fijaba su atención toda en el funesto papel—. ¿A qué hora sale usted? ¿A las tres? Dígolo por traer una carretela para llevarla á usted á mi casa. ¿Usted se entera?»

Isidora, sentada y apoyando la sien en el puño, parecía estar con su pensamiento en el más lejano de los mundos posibles.

«Si usted no aceptara, me ofendería — prosiguió el sér humano á quien Relimpio miraba (dígase de paso) con la expresión más hostil —. Mi casa es una casa-palacio. ¿Usted se entera? No le haré á usted compañía esta tarde, porque voy á comer con *Frascuero* y el marqués de Torbiscón... Oigasté, Isidora, usted manda en mi casita, donde no faltará un roío pedazo de pan. Una persona que sale de la cárcel no puede hallarse en disposición de atender á las primeras necesidades. Así, cuando usted entre por aquella puerta, hallará una modista y un chico de la tienda de sombreros que irá con muestras... ¿usted se entera?... Tengo allí el gran cuarto de baño; usted calcule... Conque hasta las tres. Voy á ver á mi hermana, que se va á quedar muy triste, usted calcule, con la marcha de su amiga. Adiós... Abur, Pepillo.»

Y al salir hizo un gesto tan irreverente ante las barbas venerables de D. José de Relimpio, que éste, furioso ya por oírse llamar *Pepillo*, no pudo contener su indignación, y cuando el sér humano estuvo fuera, exclamó:

«¡Canalla!... ¿Pero es posible, hija, que tú, tú, aceptes?...

— Provisionalmente — dijo Isidora, como si despertara de un desagradable sueño —. ¡Estoy tan mal...! Necesito...»

¡Necesito! ¡Cómo sonó este verbo en el cerebro del santo varón! Lo había oído tantas veces en momentos terribles, que era para él como una voz de alarma que le erizaba el cabello y le detenía la circulación de la sangre. Su abatimiento era tan grande, que si tuviese allí la botella, quizás, quizás la apurase valientemente de un trago.

¡Libertad, comodidades, buena ropa, baño, casa, lujo, dinero!... Así como á D. José le entraba el mareo con lo que el lector sabe, á Isidora le atacaba el mismo mal con sólo la probabilidad de hacer efectivas las ideas expresadas por aquellos mágicos vocablos. Cada sér tiene sus imanes.

¡Oh pena de las penas! Cuando D. José la vió salir y entrar en la carretela de aquel ente que le llamaba Pepillo, cuando la vió partir... ¡Oh, qué horrores alumbraba el desvergonzado sol, esa cínica lumbrera que no sabe llenar de tinieblas la tierra cuando se consuman hechos tan contrarios á las hermosas leyes del bien! El pobre hombre olvidaba que el error tiene también sus leyes, y que en la marcha del universo cada prurito aspira á su satisfacción y la consigue, resultando la armonía total, y este claro-oscuro en que consiste toda la gracia de la humanidad y todo el chiste del vivir.

Pero el buen viejo no podía ver aquello. Su espíritu se enardecía, sus sentimientos se sublevaban, quiso darse un fuerte golpe en la cabeza contra la pared de la iglesia de Monserrat para concluir allí su preciosa y fatigada existencia, pero no tuvo valor para ello. Necesitaba marearse, sí, darse un buen paseo por las doradas regiones de lo ideal. Esta necesidad se impuso á su naturaleza de un modo tan imperioso, que

no tuvo paciencia para salvar la distancia que le separaba de su casa, y se metió en la primera taberna que encontró al paso.

III

Y un día Emilia y Juan José Castaño vieron entrar en su casa á la gran Isidora elegantemente vestida de negro, con un lujo, con un señorío, con un empaque tal, que ambos esposos se quedaron perplejos, como quien ve visiones, y no acertaron á contestar á sus primeras preguntas. Iba la madre á ver á su hijo, al noble, al precioso y cabezudo *Riquín*, que recogido y amparado en casa de Castaños durante los cinco meses de prisión, miraba á Emilia como madre y á los niños de aquella como sus hermanitos. Muy afligida Emilia al ver la resolución de Isidora de llevarse á su hijo, no se atrevió á poner resistencia; pero Juan José, hablando con firmeza y tesón, dijo que no entregaría á Joaquinito, porque Isidora, con su mala conducta, perdía los derechos de madre, y que él estaba decidido á llevar la cuestión á los Tribunales, seguro de que el juez le autorizaría para retener al desgraciado niño en su poder.

Irritada Isidora, manifestó que no admitía tales ideas, y ya se agriaba la cuestión, cuando abrióse una puerta y apareció un señor obispo..., digo, era *Riquín*, el cual traía en la cabeza una gran mitra de papel, y echando la bendición graciosamente con su mano derecha, cantó en el latín más estropajoso que se ha oído jamás: *Domini vobiscum*.

Conviene hacer constar que los dos chicos de

Castaño tenían loca afición á los juguetes de Iglesia, que es un jugar muy común en la infancia de estos tiempos, en los cuales cada cosa grande tiene su manifestación pueril. En el comedor de la casa tenían su magnífico altar, y cada día ponían en él un objeto nuevo, bien araña, bien cáliz ó manga-cruz. Por distintas partes de la casa se veían retablos diminutos, sagrarios y hasta púlpitos improvisados con sillas. Últimamente habían hecho casullas de papel, y decían sus misas como unos canónigos, echando cada latín que metía miedo y observando todas las reglas de aquel acto con notoria puntualidad. Que el misal fuese una novela y el copón una huevera, no era motivo de escándalo, porque la inocencia lo santificaba todo con su carácter altamente divino. *Riquín* hacía al principio de sacristán; pero empezó á mostrar tales disposiciones, que pronto dijo también sus misas y echaba hermosos sermones. Las reyertas frecuentes y el mucho ruido con que á mendo se disputaban allí las jerarquías eclesiásticas, exigían en ocasiones la intervención de Emilia, que más de una vez se prestó á ser monaguillo para apaciguar los ánimos y llevarlos á honrosas capitulaciones. Aquel día, que era domingo, *Riquín* había sido elevado á la silla metropolitana, y estaba oficiando de pontifical cuando su mamá y Juan José disputaban.

«Ven — le dijo Isidora sentándole sobre sus rodillas, dándole muchos besos —, y te haré una casulla de oro y un altar de plata.»

El chiquillo la miraba espantado.

«Que él decida — indicó Juan José tomando al muchacho y poniéndole en medio de la sala. — *Riquín*, ¿quieres irte con tu madre?»

Tan fuertemente negó con su cabezota, que se le cayó la mitra. En realidad es fuerte cosa que le propongan á un hombre abandonar su diócesis para irse con una mala mujer...

«¿Que no, dices que no?»

El chico dijo entonces claramente:

«No *quie*lo.»

Y echó á correr para dentro.

«No vale, no vale, eso no vale — gritó Isidora con afán —. Mi hijo vendrá conmigo.»

A esto siguieron algunas lágrimas, y tomando entonces Castaño un tono conciliador, manifestó á la afligida madre que estando el niño en la ortopedia mejor que en ninguna parte, le dejase allí. Quizás ella, por sus muchas ocupaciones de señora principal, no podría cuidar y atender á Su Ilustrísima como merecía, y así, quedándose él donde estaba, ganaban todos: los ortopedistas, porque conservaban á *Riquín*, á quien miraban como hijo; Isidora, porque estaría más ancha y podría campar por sus respetos libremente, y *Riquín* porque no se vería separado de su cabildo. Isidora cedió, mas no sin obtener permiso para ir á ver á su hijo cuando quisiera.

Y en efecto, venía dos, tres y hasta cuatro veces por semana, trayendo golosinas para *Riquín* y sus camaradas, y además velas de cera, cálices de plomo, efigies, estampas del Sagrado Corazón, mitras, estolas, y por último un monumento de Semana Santa tan completo y hermoso que no había más que pedir. Algunas veces se encontraba allí con *la Sanguijuelera*, que también á menudo visitaba á su adorado Anticristo; y ambas regañaban, si bien Encarnación había perdido el humor festivo, y estaba muy

caduca y suspirona, no pudiendo apartar de su mente ni un instante la deshonra que había caído sobre la familia. Cuando se hablaba de esto, las dos lloraban, y olvidando toda rencilla, confundían sus almas en un solo sentimiento.

Miquis no vivía ya frente á la ortopedia, ni visitaba tan frecuentemente á sus buenos amigos; pero siempre que iba á casa de Castaño preguntaba con mucho interés por Isidora. Pasados tres meses desde que la Rufete salió de la cárcel, Emilia, dando noticia al médico de las observaciones que hacía en la persona de aquella, le decía una noche:

«Desde la primera vez que vino en esta temporada hasta ahora ha variado tanto... Y parece que va descendiendo, que cada día baja un escaloncito. La primera vez parecía una gran señora: traía un vestido de gro negro y un sombrero, que ya, ya... Poco después venía vestida de merino y con mantilla, algo desmejorada la cara. A la semana siguiente me pareció que su traje tenía algunas manchas y sus botas algunos agujeros. Por fin el lunes de la semana pasada vino muy pálida y quejándose del pecho, con la voz ronca. El sábado creí observar en su cara algunos cardenales, y traía una mano liada. Ayer, señor doctor, vino con pañuelo á la cabeza, con bata de percal, zapatillas, la voz muy ronca; y lo más salado de todo fué... que me pidió dos reales... Debe de andar mal. Como siempre..., ¡qué carácter y qué vida!»

Después hablaron del sér humano con quien Isidora vivía, y acerca de él dijo Miquis cosas tan atroces como verdaderas, de que se escandalizaron mucho Emilia y su marido. Aquel tal era jefe de garito, ruletista y empresario de

ganchos, un caballero de condición tan especial, que si le mandaran á presidio (y no le mandarían), los asesinos y ladrones se creerían deshonrados con su compañía.

«Nuestra pobre amiga — dijo Augusto —, llevada de su miserable destino, ó si se quiere más claro, de su imperfectísima condición moral, ha descendido mucho, y no es eso lo peor, sino que ha de descender más todavía. Su hermano y ella han corrido á la perdición: él ha llegado, ella llegará. Distintos medios ha empleado cada uno: él ha ido con trote de bestia, ella con vuelo de pájaro; pero de todos modos y por todas partes se puede ir á la perdición, lo mismo por el suelo polvoroso que por el firmamento azul.»

Desde que fueron dichas por el sabio Miquis estas sentenciosas frases y otras que omitimos, Isidora estuvo muchos días sin presentarse en la casa de Emilia. Don José también se había eclipsado, por lo que estaban los de Castaño disgustadísimos y llenos de temor. Un día, por fin, entró Relimpio en casa de Miquis, y entre lloros y turbado, le dijo:

«Venga usted, venga usted, Sr. D. Augusto, á ver si la sana.

— ¿Qué hay, pero qué...? ¿está mala? — preguntó Miquis encasquetándose el sombrero y tomando el bastón.

— No, señor..., sí, señor..., quiero decir que no está buena, aunque tampoco está enferma, porque ya se levanta.

— Es decir, que ha estado mala.

— Sí, señor.

— ¿Y por qué no me avisó usted, hombre de Dios, mejor dicho, hombre de todos los demonios?

— Porque ella no quiso... Hoy, sin su permiso, vengo á buscarle á usted para que le quite de la cabeza...

— ¿Qué le he de quitar, hombre?

— Una idea — dijo Relimpio, cuando ambos andaban aprisa por la calle.

— ¿Y cree usted que yo soy quitador de ideas?... Vamos á ver: ¿usted está en su sano juicio, ó se ha mareado hoy?

— No, Sr. D. Augusto; hace tiempo que no me mareo. Ella no me deja. Desde que vivimos juntos...

— ¿Cómo?...

— Sí; ese salvaje, ese canalla, ese asqueroso reptil, ese inmundo..., perdone usted, Sr. D. Augusto; me faltan palabras apropiadas... Para no cansar, ese basurero animado, la abandonó después de darle tantos golpes, que por poco la mata; después de cruzarle la cara... mire usted, por semejante parte, con un navajazo. Por fortuna su herida no fué grave, aunque le ha dejado una cicatriz que desfigura bastante aquel rostro celestial, aquel encantador palmito...»

Se limpió una lágrima con la mano.

«Pues sí, desde ese suceso, la pobrecita, con los pocos cuartos que pudo salvar y la escasa ropa..., en fin, tomó un cuartito en la calle de Pelayo, número 93, piso cuarto, puerta número 6, y allí ha estado un mes retirada del mundo sin tratarse con nadie más que conmigo..., pero honradamente, Sr. D. Augusto, honradamente. Yo le juro á usted por lo más sagrado...»

Y con la mano derecha abierta y puesta sobre el pecho como una condecoración, los ojos en blanco, protestó el anciano de su honesta conducta.

«Lo creo, hombre, lo creo.

— Yo la acompañé, yo la asistí, mientras se curaba; yo la he servido... ¡Qué días, qué noches! Yo: «Voy á llamar Miquis»; y ella: «No llame usted á Miquis ni á nadie; no quiero que nadie me conozca, soy una persona anónima, yo no existo.» En fin, esta mañana me dijo unas cosas que me han partido el corazón.

— ¿Qué cosas? — preguntó Miquis deteniéndose en el portal de la casa y mirando atentamente al desgraciado viejo.

— ¡Ay!, ¡no puedo repetirlas! — exclamó Relimpio llorando como un niño.

IV

Augusto subió y entró en la casa. Si pasmada y llena de turbación se quedó Isidora al verle, mayor fué el asombro y pena del joven médico al ver en deplorable facha y catadura á la que conoció en forma tan distinta. No sólo había perdido grandemente en el aspecto general de su persona, en su aire distinguido y decoroso, sino que su misma hermosura había padecido bastante, á causa del decaimiento general, y más aún del chirlo que tenía en la mandíbula inferior, bajo la oreja izquierda. Estaba ella planchando unas chambras, y la ligereza de su vestido permitía ver sus bellas formas enflaquecidas. Dejó la plancha y se sentó en un miserable sofá de paja. Un ratito no muy largo estuvo llorando, y después dijo así:

«No quería que nadie me viese en este estado. Como pienso salir de él y hallarme en mejor

posición, porque todavía... A ver, ¿qué tal me encuentras?

— Muy mal, muy mal.

— ¿He perdido mucho? ¿No me respondes? He estado muy mala, ¡qué puño!...

Miquis no dijo nada. La sorpresa que le causó la voz ronca de Isidora, y más que la voz oír algunas expresiones que de la boca de ella se escaparon, túvole perplejo y mudo por breve rato.

«Te encuentro muy variada; tú no eres Isidora.

— Te diré... Yo misma conozco que soy otra, porque cuando perdí la idea que me hacía ser señora, me dió tal rabia que dije: «Ya no necesito para nada la dignidad, ni la vergüenza», ¿tú te enteras?... Por una idea se hace una persona decente, y por otra roía idea se encanalla. Pero no creas, todavía hay algo en mí que no perderé nunca, algo de nobleza, aunque me esté mal el decirlo... Mira tú, chavó, qué quieres..., el aire hace á la persona. He vivido tres meses entre perros de presa. No te asombres de que muerda alguna vez.

— Sí, esa voz, esas expresiones, ese acentillo andaluz... Dime, ¿qué es lo que te queda de nobleza?

— No sé, no sé... — dijo Isidora aturdida, cual si registrara en su corazón y en su pensamiento —. Me queda el delirio por las cosas buenas, la generosidad... ¿Sabes? Ayer no tenía más que dos duros; esta mañana vino una amiga á llorarse aquí..., total, me quedé sin un cuarto.

— ¿Necesitas algo? — dijo Augusto llevándose la mano al bolsillo.

Y sacó algunas monedas. Mirólas Isidora con

codicia, alargó su mano hacia la mano de Augusto... De repente se contuvo diciendo:

«No; todavía soy noble.

— ¿En qué consiste tu nobleza?

— En que no recibo limosna... Pero por ser de ti...»

Vacilaba, mirando alternativamente el rostro y la mano de Miquis. De súbito lanzó una exclamación no muy delicada y dijo:

«¿Sabes?... ya se me ha ido la delicadeza. Venga el dinero.»

Y antes que Miquis se lo diera, ella lo tomó de la mano de su amigo.

«¿De qué te espantas, bobo?... ¿de mis nuevas maneras? Ahora soy así. Te diré... A los hombres, desplumarlos y sacarles las entrañas; quererles, nunca. Sois muy antipáticos; os desprecio á todos.

— ¿Vas á meterte monja...?

— ¿De veras?... ¡Qué sombra! ¿Monja yo?

— Ya sabes que Joaquín Pez ha venido de la Habana, casado con una americana muy rica. Da gusto verle, según está de contento y satisfecho.»

Isidora palideció. Después dijo:

«Ya lo sabía... Toma, si le vi, le vi una tarde. Yo iba por la Red de San Luis, y pasó él en coche. Me vió, pero el tunante fingió que no me veía. El corazón me dió un brinco; aquella noche lloré, pero ya me voy dominando y concluiré por aborrecerle también. Es un tipo.

— Pero *Gaitica*...

— ¡Ah! Ese es de los que deben ser cogidos con un papel como se coge á las cucarachas, y luego tirados á la basura. Vamos, que sólo de mirarle se te ensucian los ojos...

— Y sin embargo, le has querido.

— ¿Yo?... Hombre, tú estás malo. Que se te quite eso de la cabeza. Con decirte que me acordaba de Juan Bou y éste me parecía un ramillete de rosas... ¡Pobre *Gaitica*! El día de la disputa ¡le escupí más...! Es un hombre con el cual no se debe hablar con palabras, sino con una zapatilla: es un bicho asqueroso. Aplastarlo y barrerlo luego. Pero qué quieres, mi destino, mi triste destino... Yo empeñada en ser buena, y Dios, la Providencia y mi roío destino empeñados en que he de ser mala. Salí de la cárcel, le debía dinero, no tenía sobre qué caerme muerta, me llevó á su casa, me dió cuanto necesitaba, mucho más de cuanto necesitaba... Yo tengo este defecto de volverme loca con el lujo. Vi los trajes, el dinero y las comodidades, y no vi al hombre. Poco á poco se me fué dando á conocer el hombre. Principió por escatimarme los gastos. Cada día me parecía la vida más triste y él más horroroso. Y no lo digo por su cara, que no es mala, aunque sí de un tipillo afeminado que no me gusta. ¿Le conoces? Ya ves qué carita de Pascua, qué patillas de azafrán, y qué barba afeitadita y qué labios de carmín. Aquellas mejillas que parecen afeitadas me dan un asco... Pero donde aparece de oro el tal es en el trato. Coge la desvergüenza, la traición, la rapifia, la crueldad, júntalo todo, añádele toda la basura que puedas encontrar, revuelve, haz un muñeco, sopla, Dale vida y tendrás al que ha sido mi señor y dueño durante tres meses: peor que Bou, peor que Botín y que Joaquín, el cual era ya más malo que Judas. En fin, los hombres sois todos unos. Hay que vengarse, perdiéndolos á todos y arrastrándolos á la ignominia.

Nosotras nos vengamos con nosotras mismas.

— Isidora, Isidora — le dijo Augusto con profunda pena —: valdría mil veces más que te murieras.

— No pienso en tal cosa... Te diré. Cuando estaba en la cárcel quise matarme. La vida me pesaba como un sombrero de plomo. Cuando *Gaitica* me maltrató y no pude hacerle pedazos ni aplastarle con la zapatilla, también tuve un momento de bochorno, de ira y de desesperación en que quise suicidarme. Pero después me he serenado. Eso de matarse se deja para los tontos. El que quiera viaducto, con su pan se lo coma. A vivir, vidita, que vivir es lo seguro. Alma atrás... Lo quiere el mundo, pues adelante. Que la sociedad para arriba y la moral para abajo...; á hacer puñales. Yo me basto y me sobro. ¿No era yo noble? ¿No tenía buenas inclinaciones? ¿Pues por qué me cerraron la puerta?

— Pobre mujer, todavía, todavía es tiempo...

— ¿De qué?

— De adoptar una vida arreglada. Yo te buscaré trabajo.

— No sé hacer nada.

— Yo te pasaré una pequeña pensión...

— Dirán que soy tu querida. Concluiré por serlo...

— Búscate un modo de vivir. Vete con tu tía...

— No hay tu tía, no, no...; déjame. ¿Para qué has venido acá? Ni falta... Aire, aire. No necesito consejos.

— Aborreces á Surupa, y sin embargo, ¡cuánto se te ha pegado de él! Cuando recuerdo cómo eras y cómo eres, cómo hablabas y cómo hablas, no sé qué me da.

— Así es el mundo: unos se quedan y otros se van. Yo me fui, ¿te enteras? Yo me he muerto. Aquella Isidora ya no existe más que en tu imaginación. Esta que ves, ya no conserva de aquélla ni siquiera el nombre.

— Pues aquélla era mi buena amiga — dijo Augusto con tesón —; ésta me repugna.»

Isidora se conmovió al oír esto, pero disimulaba bien, esforzándose por una inexplicable modificación de su orgullo en parecer peor de lo que era.

«Y no teniendo nada que hacer aquí — dijo Miquis levantándose —, me retiro.»

Isidora le miró de un modo que indicaba deseos de que no se marchara; pero después se inclinó de hombros.

«Ya me han humillado tanto — murmuró entre dos suspiros —, ya me he visto tan sola y tan abandonada, que el ver salir al último amigo no me causa impresión.

— Señor D. Augusto de mi alma — dijo á la sazón Relimpio, que hasta entonces, testigo mudo y doliente, no se había atrevido á decir nada —; no se marche usted y exhórtela, predíquele, y amonéstetele para que se le quite... eso... de la cabeza.

— ¿Qué?

— Eso.

— ¿Y qué es eso?

— El disparate que quiere hacer. Vea usted cómo calla y se sonríe la pícara... A mí me lo ha dicho, pero á usted no se lo quiere decir.

— ¿Suicidio?

— Por ahí...

— No, no es suicidio — exclamó el anciano con desesperación, arrancándose (ó tratando de

arrancarse, que es más verosímil) un mechón de cabellos —. ¿Ve usted? Se ríe... Y que no diga que lo hace por no tener qué comer. Yo... aun puedo trabajar.»

Isidora, sin desplegar los labios, clavaba sus ojos en las ascuas de carbón sobre que se calentaban las planchas. Parecía que de aquel rescoldo ardiente y melancólico tomaba sus ideas.

«Pues yo le he de quitar de la cabeza esas tonteras — dijo el médico inclinándose hacia ella y mirándola de cerca.

— ¿Sabes lo que te digo? — replicó Isidora con el tono insolente que se le había pegado de la sociedad gaitesca —. ¿Sabes lo que te digo? Que no me vengas con dianas, que no me marees. No te hago caso; el corazón se me ha hecho de piedra y mi cabeza es como esa plancha.»

Levantóse, y murmurando no se sabe qué palabras, aunque es de suponer no serían de las más finas, tomó el pesado hierro y se puso á planchar con verdadera furia. Miquis se fué sin añadir una palabra, y D. José le siguió hasta la escalera con las manos cruzadas, el mirar compungido y suplicante.

«Don Augusto de mi alma — le decía —, por Dios, no la abandone usted... Mire usted que lo hace, y lo hace... y yo me muero...»